

Manuel Donoso, arzobispo de La Serena
“CERCANÍA CON LA GENTE”
Por Cristian Venegas Sierra

Tranquilo y con gran libertad, en una sala de reuniones de la casa provincial de los Sagrados Corazones, comuna de Ñuñoa en Santiago, el arzobispo de La Serena, el padre Manuel Donoso ss.cc., compartió su experiencia como pastor de una extensa diócesis de nuestro país, a pocos días de haber presentado su carta de renuncia al cumplir 75 años de edad. Antes, el 23 de septiembre, había celebrado 50 años de sacerdocio, 15 de los cuales los ha vivido como arzobispo de de La Serena.

Manuel Donoso Donoso nació en Santiago el 16 de octubre del año 1936. Dos años después falleció su madre. Su padre esperó 10 años y se volvió a casar. De esta unión surge su media hermana, dos o tres años menor, con quien vive en Coquimbo. Cursó estudios en el colegio de los Sagrados Corazones de la Alameda. “Yo no me consideraba –recuerda– vocacionable ni me importaba. Había otros que estaban llamados, pero en el retiro que se hacía en sexto año humanidades (actual cuarto medio) algo pasó. Me confesé, leí los textos sugeridos y en tres días se produjo un cambio pensando, primero, en una conversión a Jesucristo y, después, la posibilidad de ser sacerdote”.

Padre Manuel, ¿qué quería estudiar en ese tiempo juvenil?
Derecho. Y lo hice durante un semestre.

Pero estaba presente la inquietud vocacional...

Sí. Pero mi interés era tener familia y todo eso. Cuando se pierde la familia, lo que uno más desea es la familia. Eso es evidente. Y fue una lucha de meses en que no dije nada hasta que hablé con Jorge Prieto. Le dije: “padre, necesito hablar con usted”. Después me decía: “¡para qué le dije!”. Estaba muy vacilante. Pero Jorge me trató muy bien. Me dijo “mira, estas cosas hay que verlas. No te puedo decir nada ahora ni a favor ni en contra, pero vamos caminando. Ven a verme cada cierto tiempo. Lo que te diga, vamos haciéndolo”. Fue un acompañamiento espiritual bien hecho, ya que resultó que entré a la Congregación en 1955. Llegué a Los Perales donde hice todos mis estudios sin interrupción.

¿Quiénes fueron sus compañeros de generación?

Yo era el menor. Estaba Fernando Etchegaray, Juan Valenzuela, Patricio Frías, Carlos Lange, todos esos se retiraron.

Y vinieron las órdenes...

El cardenal Silva, ya nombrado arzobispo de Santiago, me ordenó de diácono. En esa oportunidad éramos 14. De esos quedamos un sacerdote de Valparaíso y yo. Después me ordené sacerdote en Valparaíso con don Emilio Tagle, obispo de Valparaíso.

Padre Manuel, ¿cuál fue su primera destinación?

Fue venimos a Santiago y hacer otro año más en la universidad católica para sacar la licencia. Después de eso estuve tres años en Concepción, que fueron agradables desde el punto de vista de la gente, pero con un clima al cual no me acostumbré nunca.

SAN PEDRO Y SAN PABLO

Padre Manuel, ¿qué dimensión del ministerio sacerdotal ha sido para usted más significativa en su vida de fe, en su servicio? ¿Qué lugares o experiencias han sido importantes en su vida?

Como dimensiones del ministerio sacerdotal siempre he optado por la ayuda, el seguimiento de personas, más que lo administrativo, aunque me han tocado muchas cosas de ese tipo. Un lugar significativo fue mi estancia en la parroquia San Pedro y San Pablo entre los años 1970 al 1976.

Usted fue párroco en San Pedro y San Pablo...

Sí. Desde 1973 hasta el 1976, año en que me eligieron provincial.

¿Con qué comunidad religiosa compartió?

Viví con Esteban Gumucio, Tomás Campos, grandes personajes, y Enrique Moreno, que era nuevecito.

¿Y qué le llamó más atención en esta experiencia?

Sobre todo el impacto de cambiar, de entrar en una comunidad tan sencilla, de gente más pobre. Por suerte que me marcó. No soy de una familia rica, pero vivir allí era otra cosa. Recuerdo que la llegada fue en julio. Todo esto, entre paréntesis, fue una astucia del padre Esteban.

¿Cómo fue eso?

Esteban me dijo: “mira, Manuel, me han elegido para ir al capítulo, entonces, por qué no me reemplazas yendo allá, no más, a vivir por dos o tres meses”. Yo tenía inquietud respecto a esto y llegué a reemplazar. Recuerdo que el primer día hizo una helada descomunal. Alojábamos en una casita de calle Central. Hizo un frío caballuno y Esteban dejó una estufa, que echaba un olor espantoso, prendida toda la noche, y yo a las ocho de la mañana tenía que estar en la universidad. Partí colgando de una micro... Eran dos mundos demasiado diferentes. El régimen duro que vivíamos, tremendamente duro, ayudaba a ver a la gente que por tener menos defensa, ser más pobre o sin gran renombre, era tratada en forma muy mala. Era una ley muy dispareja. Ahora bien, la gente era muy cercana. La tradición de proximidad que había con los padres era muy buena. Entonces, me fui metiendo. Sucedieron hechos, como el que cuenta Ronaldo en sus *Conversaciones*. Después me pidieron que fuera párroco. Esteban estaba realmente muy agotado, hacía bien su trabajo de párroco, pero con un sacrificio enorme de lo que él realmente podía hacer.

Era una misión muy exigente...

Sí. Y, además, había que organizar. Esteban lo hacía, pero... Y, bueno, esto duró hasta que me nombraron provincial el año 1976. Pero esos fueron muy buenos años, los recuerdo mucho, todavía me encuentro con mucha gente de allá.

SACERDOCIO

Padre Manuel, en la actualidad hay mucho cuestionamiento a los sacerdotes. Pero más allá de los casos de abusos, ¿qué habría que cambiar en el ejercicio del sacerdocio?

Creo que hay muchas cosas que hacer respecto al sacerdocio.

¿Cuáles?

Está la formación, que debe ser cerca de la gente. En La Serena don Juan Francisco Fresno restableció el seminario en 1982, y decidió que los seminaristas estudiaran en la universidad. Fue una buena cosa, porque los sacerdotes, incluso en su tiempo de formación, deben estar más cerca de la gente.

¿Qué más?

Se debe ser más exigente en que el sacerdote no sea puesto como una persona que está por arriba de la gente, a muchos sacerdotes les gusta esto. El mandato de Jesús es lo contrario, el sacerdote es servidor. La palabra jerarquía no está en la sagrada escritura. Lo de la jerarquía hace que la gente vea al sacerdote como que está más arriba. Y de ahí vienen los grandes pecados de la actualidad, estos escándalos de dominación, de ejercer el poder que se tiene por el sacramento para dominar, para promoverse, para darse gustos, incluso satisfacciones sexuales feísimas. Este punto tiene que estar muy claro, es decisivo. El Papa Benedicto ya lo ha dicho cuatro o cinco veces, incluso ordenando obispos, "cuidado con los que buscan carrera eclesiástica". No es una carrera.

Algo que deben tener claro los formadores...

En el seminario hay que buscar todo lo que puede ayudar a la persona a ser abierta. El que venga, que realmente haga un servicio y que tenga las capacidades para eso. Si no puede vivirlo, si viene a buscar algo que no le ha dado la vida, o viene con temores frente a ella, eso se soluciona o se va. El Papa también nos ha pedido que seamos exigentes en los criterios de admisión. Lo estoy ejerciendo, porque me toca como arzobispo ver la primera entrada al seminario. Evidentemente, se hace con un equipo. Son cosas decisivas.

¿Qué más debería incorporar la formación de nuevos sacerdotes?

Tiene que ser una formación que le dé una mística. Por ejemplo, hay mucha gente que plantea que se separe en occidente -igual que como se hace en el oriente- el sacerdocio del ser casado o soltero. En oriente un seminarista estudia, después sale un año. Si vuelve casado lo ordenan, si vuelve soltero queda así para siempre. Ese el sistema tradicional de la Iglesia Oriental católica que nunca ha cambiado. Creo que hay que tener muy claro que el celibato lo planteó Jesús y, por lo tanto, algo habrá ahí y hay que buscarlo. Quizás se pueda aprender de la Iglesia de oriente para los sacerdotes no religiosos, pero los tiempos tienen que decir mucho todavía. Esto podrá darse quizá en la Iglesia, pero mientras estemos los de ahora, la gente tiene que asumir el celibato como una vocación. No debe ser entendido como una condición, como cuando se pide, por ejemplo, tener cierta capacidad de estudio. No. El quiere entrar tiene que pensar

que esto es una vocación. Y como estamos en tiempos complejos respecto de esto, probablemente sea poca la gente que tenga la vocación.

Padre Manuel, ¿cómo ve el sacerdote de hoy y el de mañana en la relación con las personas, con los laicos?

Lo veo en un perfil completamente distinto. En primer lugar un sacerdote ayuda mucho a que los laicos no sean clericalistas, a que no lo suban. Que los laicos tengan efectivamente poder real. Por ejemplo, en mi diócesis hemos hecho asambleas, dos al año, y vienen de todos lados. Son unas 300 personas o quizás más. Se exige, por lo menos, que cada parroquia mande tres delegados jóvenes y cinco de otras áreas. Es bastante representativo. Y comenzamos con tres objetivos: el encuentro, la información y la oración. Saber lo que están haciendo unos y otros. Con el tiempo esto fue madurando y a la gente se le plantean decisiones. Cada vez salen cosas mejores.

Otro aspecto importante, si queremos ser realmente discípulos, es formarnos más. En las parroquias de la diócesis se puso un coordinador parroquial en cada consejo parroquial. Se exige que sea así, y ellos van tomando una labor distinta a la del sacerdote. Presentan las cosas que ellos ven y ayudan a que los demás las presenten. Creo que hay trabajar en esa línea claramente. No se trata, como dicen algunos, de promoción de los laicos, que es una palabra un poco rara, sino que los laicos tengan lo que dice el Concilio: el bautizado, el confirmado, es enviado por Cristo mismo a vivir su vida matrimonial, a ser misionero, a ser discípulo. No necesita que nadie lo envíe, pero esto los laicos no lo creen.

SER OBISPO

Padre Manuel, el 10 de agosto de 1996 fue ordenado obispo auxiliar de La Serena, al año siguiente titular. Son 15 años, un buen período. ¿Qué es lo más duro o exigente de ser obispo y qué es lo más gratificante?

Lo primero, es ser obispo. Llevaba 35 años de sacerdote y los dos primeros años en este servicio, todos los días al despertar, me decía: "Manuel, recuerda que eres obispo". Hay que mirar a la gente y servirla de otra manera. Allá la figura del arzobispo es importante. Y comencé a dar los acentos que a mí me preocupan.

¿Cuáles?

Por ejemplo, cercanía con la gente. Allá hay 450 lugares que visitar. Es un desparramo en 30.000 kilómetros cuadrados, sobre todo porque donde hay agua hay gente y se da mucho en los cerros. A veces uno recorre horas por 40 familias, pero que ellos vean que uno va, que tiene la voluntad de ir, que el arzobispo apoya, es importante. Siempre trato de llegar antes, saludar a todos para que no sea una ceremonia formal. Cuando ya uno ha saludado y un niño se puso a llorar, entonces, la gente entró en confianza. Eso a mí me gusta muchísimo. He tratado de propiciar los encuentros con las personas, sobre todo con los jóvenes que más necesitan desde que llegué. Y lo he hecho con un sistema de otro lado que ha dado un buen resultado: para cualquier encuentro nombro a tres o cuatro que organizan. Ellos reciben preguntas y las leen. Yo no las veo. Lo que la gente le dice a uno te hace aterrizar. Los escucho mucho. ¿Puedo contar una anécdota de las más simpáticas que he tenido y que me hizo aterrizar?

Adelante...

Estaba en Vicuña conversando con unas 150 personas. Nosotros tenemos una vez al año un “encuentro con el pastor”. Lo tuvimos hace poco y asistieron unas 1.200 personas y puedo hablar con todos ellos. Hay muchas cosas que se hacen ese día. Ya se habían hecho varias preguntas y de repente se levanta una joven de 23 años y me dice: “señor obispo, usted sepa que soy madre soltera. La Iglesia trata muy duro a las madres solteras. Yo quiero saber si usted se llama Manuel Donoso Donoso ¿es hijo de madre soltera o no?”. Así delante de todos. Miré bien a la gente y estaban profundamente serios. O sea, era una pregunta de la gente que quería saber algo del obispo. Luego, les conté que mi padre es primo segundo de mi abuelo y por eso soy Donoso Donoso, etcétera. Y por eso tengo la preocupación de responder lo más claramente posible todo. Eso por principio, porque me preguntaban si venía a tapar cosas. “No –les dije– no he venido a tapar nada”. Tengo una segunda anécdota, que para mí ha sido muy fuerte.

Diga...

Cuando vino el terremoto, a los seis meses de haber asumido como obispo, en una región que es poco poblada, pero donde cayó mucha construcción (una situación a la que no le dieron importancia, porque cinco muertos no son nada) llegué a un pueblo donde estaban echando abajo las ruinas de la capilla, de las casas, una cosa macabra. La gente me contaba sus penas, las escuchaba y al final les daba la bendición. Pero, algunos me dicen: “señor obispo, no se vaya”. ¿Qué pasa?, les dije. “Nos falta la capilla. Es el lugar donde nuestros padres nos bautizaron, donde los enterramos; el pueblo no vive sin capilla”. Allá la capilla con campanario y la cruz arriba es una cosa indispensable. Me senté y me di cuenta que con mi mentalidad santiaguina había pensado “las casas primero”, y era lógico. Pero allá, no. El Hogar de Cristo nos trajo doce capillas de madera y las pusimos. Y ahí nos pasó otra anécdota, que me enseñó mucho.

Diga, no más, padre Manuel...

Las Iglesias del Hogar de Cristo son tipo chilotas con un espacio antes de entrar a la puerta donde la gente en Chiloé deja sus paraguas, sus botas. Allá no existe eso. Es un tipo de Iglesia a la cual se entra directamente. Un día andando por esos lugares, terrenos muy solitarios, un señor se me acerca y me dice: “ha visto, usted, nos han traído unas capillas que no son capillas, son casas”. Pero, cómo es eso, le dije. “Son casas a las que le ponen una cruz al frente. Nuestras capillas son con torreón, con cruz y con campana”. Bueno, no sabía quién era él ni él quien era yo. Resultó ser el jefe de una junta de vecinos, gente católica. Entonces, inmediatamente mandamos a hacer unas torrecitas, que es el estilo de allá. Eso lo introdujeron los misioneros hace mucho tiempo. Eso es una capilla para ellos. Entonces, yo me hice obediente.

Ese es su estilo personal. Otros son más distantes...

Lo que más espera la gente es la cercanía, no que uno le diga tantas palabras. Por ejemplo, una etapa de la misión continental es visitar familias. Yo hice las que pude, no más de 40, pero mi ventaja era que si iba a confirmar llegaba una hora antes. Eso ayuda enormemente, porque la gente está acostumbrada a que uno la convoque a la

Iglesia, pero que el arzobispo vaya donde vive, a su realidad de familia, de trabajo, cambia todo.

¿Y qué fue lo más duro de ser arzobispo?

Primero, llegar allá sin conocer a nadie. Segundo, había dificultades objetivas y concretas respecto de mi antecesor y eso creaba un ambiente muy complicado. En tercer lugar, vino el terremoto y problemas administrativos grandes con 72 capillas bien malogradas, lo que era mucho. Y he tenido otros inconvenientes.

¿Cuáles?

Por ejemplo, diferencias respecto a la edificación de la cruz del milenio en Coquimbo, que es algo de la Municipalidad, no de la Iglesia. Es algo muy grande en que se gastó mucho dinero, y comenzó justamente el año del terremoto cuando el hospital estaba cerrado... Dificultades así, ha habido.

¿Ha tenido una voz respecto a las desigualdades sociales?

Respecto a eso he sido muy claro siempre. Por eso, he propiciado encuentros entre empresarios y trabajadores. La Central Unitaria de Trabajadores (CUT) de allá tiene una opción clara por acercar a la gente. Me he preocupado mucho de esto, porque cuando llegué comenzaban los *malls*. Tuve una dificultad larga con ellos, porque me parece absurdo que me pidan que bendiga sus tiendas si van a atender el día domingo. Ellos trajeron a La Serena la apertura en ese día. Allá no existía eso. ¿Qué pasa con la familia? ¿Qué pasa con las mamás? Entonces, les dije: "bendigo el trabajo de los trabajadores". Con Falabella, por ejemplo, me dijeron que nunca habían tenido una tienda que no se bendijera. Yo fui. Estaban todos los trabajadores y les dije: "voy a bendecir el trabajo de las personas". La gente tiene un sentido religioso del domingo. Y era la primera vez que se hacía masivamente esto y cambió totalmente. Eso ha sido una pelea larga, pero he logrado una cosa.

¿Qué?

Ha crecido mucho el número de sindicatos. No digo que sea logro mío, es trabajo de todo un equipo. Y he hecho declaraciones claras. Eso es una cosa muy buena, sobre todo, porque en Chile la imagen de sindicato para la parte patronal es la de un enemigo, no digo que todos, hay sindicatos y parte patronal muy buena, también, pero es una especie de adversario. Nuestra ley establece, además, una cosa tremenda: se negocia sin piso, o sea, se puede perder todo. Entonces, uno imagina al dirigente joven, señoras que por buena voluntad aceptan un puesto en un sindicato y van a pelear por eso. Como no va hacer bonito que se sientan apoyadas también por el arzobispo.

Padre Manuel, en este servicio como arzobispo ¿qué huella queda en usted en lo personal?

Muchas. Pero como digo, fundamentalmente con las personas. Eso lo aprendí de Esteban. Para él las instituciones, armar cosas, era lo segundo. Las personas son lo primero, son hijos de Dios. Yo trato de ir, por lo menos, cada cierto tiempo a la cárcel. Voy una vez por semana. Es impactante lo que pasa en las cárceles y es poca la gente que va. La mamá para el hombre preso es una cosa inapreciable. Uno no puede imaginarse lo que es. Que sea una señora que tiene dificultades, que está lejos, que le

cuesta llegar, para el hombre es muy fuerte. Así que fomento este tipo de pastorales, como la de los trabajadores, que se hizo desde que llegué, y estamos tratando de extenderla a la enormidad de gente que trabaja de voluntaria en la Iglesia, en lo social, en la catequesis, en montones de ámbitos. Es decir, es una obra bonita y eso me deja mucha huella. Pero tengo la preferencia por la persona y no por la institución. Eso se lo debo a Esteban.

CHILE ACTUAL

Padre Manuel, desde su posición como arzobispo le toca relacionarse con diversos sectores sociales, políticos y culturales. Está el tema de los movimientos sociales, la educación. Algunos quisieran una palabra más clara de la Iglesia. ¿Es posible? ¿Cómo ve usted el Chile de hoy?

Aquí hablo en forma personal, porque tengo una visión clara de esto. Hace como cuatro o cinco años vengo diciendo que en Chile tenemos una sociedad enferma. No quiero cargar esto a uno u otro. Digo sociedad que está mal hecha, que sigue caminos mal contruidos; que la diferencia entre los que reciben más y reciben menos aumenta. En La Serena he perseguido mucho el tema del pago de las imposiciones. Según Evelyn Mattei hay 1.800 millones de dólares que no se han pagado. Hace 31 años de esto y sigue pasando. Esto se lo dije en su gobierno al señor Lagos, a la señora Bechelet, a todos. Eso demuestra una enfermedad. Hay algo flagrante contra la ley y se lo deja. Creo que nosotros debemos reaccionar y la manera de romper esto es difícil. Pienso, también, que en esto ha habido poca palabra de la Iglesia. Buena parte se debe a que nos dicen: "¡que hablan ustedes, que se mente!" Estamos un poco desprestigiados por lo que ha pasado, pero hay mucha gente inquieta, mucho obispo inquieto, y yo, por lo menos, tengo claro que el problema es mala organización de la sociedad. Esto se ha ido mostrando en el asunto de La Polar y otros. Entonces, ¿qué hay que hacer? No puede seguir este crecimiento que llega a un pequeño grupo de arriba y no llega abajo.

Está el tema de la reforma tributaria...

Efectivamente. El Fondo Monetario Internacional ha dicho con nombre y apellido: México, Perú y Chile no pueden seguir así, tienen que subir más los tributos. Lo vienen diciendo hace años, y el riesgo de estallido social es muy grande. Eso hay que decirlo, y se lo he dicho a quien quiera oírmelo.

TRANQUILAMENTE

Padre Manuel, usted ya presentó su renuncia, ¿tiene alguna claridad de cuanto tiempo más va a estar de arzobispo?

No puedo tener ninguna claridad por principio, porque esto es un proceso que lleva la nunciatura y que culmina cuando el Papa nombra a otro.

¿Y qué le gustaría hacer una vez que deje el cargo?, ¿dónde va a vivir?, ¿vuelve a la Congregación?, ¿tiene algún plan?

Sí. Estoy hace un año y medio viviendo en Coquimbo frente a la Herradura, un vecindario muy bueno. Hicimos una casa prefabricada con mi hermana, y espero quedarme ahí. A la gente le he dicho que no me voy, porque creo que se necesita

mucho apoyo sacerdotal. Yo puedo darlo, claro, no voy a meterme en el manejo de la diócesis. En una reunión con los jóvenes me preguntaron “por qué se va”. Yo no me voy –les dije–, si ya estoy viviendo en Coquimbo y el día que Dios me llame ya tengo listo el lugar, punto, ahí voy a quedar. Lo he dicho en la Congregación, también, porque la estimo mucho. Siendo arzobispo no he variado de lo que aprendí en el noviciado, mis oraciones de la mañana y de la noche son las de la Congregación, renuevo mis votos también, por supuesto, porque esa fue mi manera de entregarme. Ahora, que me hayan mandado a esto, el Papa lo hizo, no es algo que me haya quebrado la columna. La espiritualidad de la cercanía de Cristo, eso me lo dio la Congregación, el cuidado por la eucaristía, las bonitas celebraciones y en tantas cosas sigo igual, pero en una forma que es un poco especial. Me siento muy bien en la Congregación, me marcó y me dio la espiritualidad que he vivido allá en La Serena tranquilamente.